

Max Junge

Nuevos viajes de exploración en la Patagonia chilena (1)

Meses atrás tuve el honor y la oportunidad de disertar desde este mismo sitio sobre mi viaje de estudio a Magallanes y Tierra del Fuego. Si ese viaje fué lleno de novedosas impresiones, el segundo, que hice en el curso del último verano, superó a todo lo que había visto en mis exploraciones anteriores. La grandiosidad y la sublime belleza de los paisajes de nuestra Patagonia Occidental eclipsan todos aquellos cuadros que nos traen las revistas geográficas o la propaganda del turismo de otros países.

Desearía, ahora, poder desarrollar ante la distinguida concurrencia que me escucha, el panorama de los lagos y ríos de la Patagonia, del Istmo de Ofqui, del fantástico ventisquero San Rafael y de los misteriosos hielos continentales, vale decir de todos los lugares que fueron teatro de mi última exploración.

En dos etapas realicé este viaje que inicié en Enero de este año.

La primera me condujo al gran río Yelcho y al lago del mismo nombre, que se encuentran en el continente, frente a la Isla Grande de Chiloé.

El Yelcho permaneció desconocido hasta hace 35 años. Su hoya hidrográfica superior era conocida en el lado oriental de la cordillera, y fué explorada y colonizada por europeos muchos años atrás. Su desembocadura en el Océano Pacífico era considerada un enigma. En las antiguas cartas se le hacía confluir con su vecino austral, el río Palena. Un alemán, el doctor

(1) Conferencia dada en la Universidad de Chile.

Pablo Krüger, colaborador del célebre geógrafo doctor Hans Steffen, fué el descubridor de esta importante corriente fluvial; en los años 1898-99 lo remontó hasta su nacimiento. Es incomprendible que el Yelcho hubiese pasado desapercibido durante tantos años. Sus aguas amarillas tiñen el Océano en una enorme extensión. Efectivamente, es difícil darse cuenta, desde el mar, del abra que deja salir el río por entre la muralla de la cordillera patagónica. El delta, partido en innumerables brazos, no deja suponer un río que en su interior es tan caudaloso. El doctor Krüger reconoció con anterioridad al descubrimiento que hiciera el año 1898, el amplio valle superior y supuso, con razón, después de prolijos estudios de la temperatura de los ríos, del contenido de sedimentos del agua, del caudal, de la configuración orográfica de la Cordillera, que existía un río desconocido, en la costa occidental. Como los chilotos conocían un formidable delta, hacia ese lugar dirigió su expedición. El descubrimiento del hermoso Lago Yelcho lo tiene aquel explorador alemán a su haber. El Yelcho es el río más septentrional de la Provincia de Aysen y el último que fué descubierto.

Nuestra base de operaciones fué Castro, ubicado en la Isla de Chiloé. En el puerto se encontraba nuestra chalupa a vela, que iba a ser durante meses nuestro único medio de locomoción y, a la vez, nuestro hogar. Un hogar muy modesto por cierto, pero estábamos dispuestos a todos los sacrificios y a llevar la vida de los indios fueguinos nómades, con tal de continuar en ese verano con el programa de exploraciones que nos habíamos trazado y a realizarse en la Provincia de Aysen. Nuestro bote, *Anita*, había quedado al cuidado, durante los meses de invierno, del indio, fiel compañero de exploraciones anteriores, llamado Emilio Leviñanco Huichaquelén. Leviñanco, significa en Mapuche, «ojo de águila», nombre que no podría tener mejor intérprete. ¡Cuántas veces hemos quedado sorprendidos de las excelentes facultades visuales de este indio! Hombre de raza, conoce el «alma del mar» y todo lo que alberga. Con confianza nos podíamos entregar a su dirección. Un primo hermano de él, completaba la tripulación.

Carpas, camas, mantas, útiles de cocina, armas y provisiones fueron embarcadas y distribuídas en el bote. Fuera de mi colaborador Grosse, íbamos con otro compañero recién llegado de Alemania.

Cierto día de verano, en el que declinaba la lluvia y el viento para dar lugar a un hermoso atardecer, iniciamos nues-

tro viaje. En la obscuridad abandonamos Castro. Un centelleo fantástico marcaba la ruta recorrida por la chalupa. Jamás había visto tal fosforescencia en el mar! Sin cesar avanzábamos remando. El turno era de dos horas y sólo uno podía descansar, pues mientras tres debían empuñar los remos, el otro debía estar a cargo del timón. Remar horas y horas en una noche oscura, tan oscura que apenas podía distinguirse la costa, constituye un serio esfuerzo, porque uno se siente vencido por el sueño.

Aclaró una mañana gris, desagradable, y en seguida atracamos a una isla para hacer fuego y preparar una taza de café que nos estimulara, que nos hiciera recobrar los ánimos después de la larga travesía. Así lo hicimos y luego, con nuevos bríos, seguimos bogando hacia el Este.

Los numerosos canales de Chiloé, con sus pintorescas iglesias y aldeas, iban quedándose atrás; por delante teníamos la parte más peligrosa de nuestro viaje: el cruce del abierto Golfo de Corcovado. En dos etapas recorrimos el temible Mar. Un viento Norte, muy favorable, nos ayudó para avanzar hasta las apartadas islas Desertores. La población jamás había recibido visita tan inesperada y acudió en masa a la playa para observar a los que osaban recorrer esas largas distancias en una pequeña chalupa.

Cerca emergía un grupo de rocas sobre las que estaban descansando unos enormes lobos de mar. Sus bramidos denunciaron su presencia a gran distancia. Como era muy tentador el ensayo de cazar algunos, nos pusimos a la empresa. Con todo sigilo nos acercamos desde el lado donde se estaba ocultando el sol en el océano, pero fué inútil; los enormes cuerpos cayeron pesadamente al agua y luego asomaron sus cabezotas para mirar a sus extraños perseguidores, tan raros para ellos.

La parte más ancha de mar abierto quedaba aun por cruzar. Al día siguiente zarpamos con espléndido tiempo: un suave viento sur hinchó las velas y arrastró la embarcación hacia la costa del continente, sin que tuviésemos necesidad de remar. A la puesta del sol arribamos a la desembocadura del río Yelcho. La Bahía de Chaitén, un poco más al Norte, es el puerto de esos parajes, aunque de pésimas condiciones para fondeadero de barcos.

Algunos pescadores y colonos se han radicado en la costa. La gran bahía tiene poco fondo, cuya mayor parte queda al descubierto durante las bajas mareas. Así pude realizar una

interesante observación. Las vareantes dejan en seco troncos de árboles y restos de un motor. 35 años atrás existía allí un bosque virgen y un aserradero, que el mar cubre ahora con un metro y medio de agua. Este fenómeno se debe a un rápido descenso local de la costa.

Por informes que poseía supuse que el río Yelcho sería navegable para botes a remo o a motor, con excepción del obstáculo que ofrecen algunos pequeños rápidos. La realidad me convenció de las serias dificultades que se oponen en esta recomendada vía fluvial. En Chaitén contratamos a otro chilote, que ya me había acompañado en anteriores expediciones. Conocía la navegación del río y gracias a su dirección nos fué posible vencer esa gran corriente y alcanzar el lago Yelcho. Las primeras horas fué necesario bogar con todas las fuerzas para poder avanzar; pronto aparecieron grandes playas de piedras de río; las aprovechamos para tirar el bote a la sirga. Entre tres avanzábamos por las piedras mientras que los otros dos dirigían el bote. Palpamos lo que significa arrastrar durante horas y horas un cable mojado y lleno de arena, que partía las manos.

Los cerros circundantes estrechan más y más el valle. Con justicia lleva el cordón Norte el nombre de «Los Tabiques». Los cerros escalonados semejan los bastidores de un proscenio gigantesco.

En la playa arenosa de una isla encontramos un lugar adecuado para acampar. En vista del buen tiempo no armamos la carpa, omisión que tuvo sus consecuencias desagradables, pues los zancudos casi nos devoraron esa noche. El siguiente día de navegación fluvial estuvo lleno de dificultades. Enormes barricadas de troncos cruzaban casi todo el lecho del río, produciendo corrientes violentísimas. Uno de nosotros avanzaba con el cordel en la mano, balanceándose y trepando sobre los resbalosos troncos. Después todos tirábamos el cable, el que persistentemente se enredaba en los ganchos y puntas debajo del agua, sin soltarse sino a costa de grandes esfuerzos. El bote perdía su dirección y la corriente lo encajaba entre los troncos. Había que repetir toda la maniobra. Con gran cuidado y astucia colocábamos el cable a la mayor altura posible, pero parecía que los árboles tuviesen fauces que tratasen de atrapar el cordel. Se volvía a enredar y nos obligaba a trepar como monos para zafar el cordel de algún ganchito que se elevaba sobre el torrente. Esta delicia se repetía a cada instante!

Esa tarde acampamos temprano para armar la carpa, herméticamente cerrada, procedimos con humo y golpes de paños a exterminar los millares de mosquitos. Fué una suerte que tuviésemos armada la carpa porque en la noche se desencadenó una lluvia muy fuerte, que persistió durante todo el día siguiente, sin amainar en su violencia. Habíamos arrastrado el bote hasta la playa, colocándolo de costado, y así nos sirvió de casa y de cocina.

Varios pequeños brazos del río fueron aprovechados por nosotros durante el avance que hicimos en la tercera jornada. Por ellos fué posible arrastrar el bote, marchando nosotros por la costa, chapaleando el agua que nos daba a veces hasta más arriba de las rodillas. Verdaderas avenidas de troncos y de piedras nos obligaban a descargar la chalupa para poder arrastrarla por encima. Así vencimos, lentamente, obstáculo tras obstáculo.

El valle de uno de los afluentes del Sur está poblado por grandes alerzales. Estas coníferas milenarias encuentran en el río Yelcho su límite geográfico austral.

En la falda de un cerro un formidable derrumbe había arrastrado la selva, mostrando, en la roca desnuda, una extraña figura como si fuese la silueta de un caballero medioeval, armado de yelmo y espada, que marchase, con paso agigantado, sobre el monte.

La lluvia, que comenzó a caer a mediodía, nos sorprendió en pleno trabajo, empapándonos sin compasión. Nuestra ropa de agua no resistió ese diluvio y pronto estuvimos completamente calados. Ansiosamente buscamos un sitio donde levantar el campamento. Muros de selva virgen cierran allí las riberas del río. No hay un pedacito de suelo donde instalar una carpa. Rachas violentas nos obligaron a refugiarnos con el bote, que habíamos colocado debajo de árboles muy tupidos. Ocupamos toda la tarde en buscar una pequeña playa de arena que nos permitiese instalar nuestro campamento. El bote había sufrido mucho con los golpes contra troncos y piedras. Casi todas las tardes fué menester recorrerlo y calafatearlo, para lo cual usábamos la corteza del alerce que reemplaza admirablemente la estopa.

Un nuevo día y nuevas dificultades. Un gran rápido, en la confluencia del río Minchinmahuida nos hizo trabajar más de dos horas para poder avanzar unos trescientos metros. Tres enormes peñascos atajan el río, el que se precipita con violencia

por entre ellos, levantando olas pavorosas y saltos de agua. Por fin entramos a un trecho del río que tiene corriente suave y uniforme. Pegado a la costa la corriente no es tan rápida, de modo que remando con fuerza se avanza relativamente bien. El valle adquiere mayor extensión. Como todos los de la Patagonia, es de fondo plano, del que se elevan casi perpendicularmente las altas montañas.

Nuestro avance fué lento y penoso. Se alternaba el trabajo de bogar, sirgar, empujar la embarcación, y después de seis días habíamos recorrido cincuenta kilómetros, pues estábamos en la entrada del Lago Yelcho. Un sol de estío bañó con su brillante luz un paisaje de ensueño. El gran Lago, de un color verde esmeralda, yacía en un marco de cerros nevados, de los cuales descendían albos ventisqueros a través de selvas verdes. Los ventisqueros alcanzan casi la ribera del Lago y tienen su origen en esa cadena de cordillera que separa las hoyas hidrográficas del Yelcho y del Palena. Una profunda abra, de la que baja el Río Yelcho Chico, interrumpe ese cordón. Tal vez exista allí una de esas inesperadas comunicaciones entre dos valles que caracterizan la Cordillera Patagónica.

Sobre el hermoso lago, liso como un espejo, nuestro avance es un placer. Escudriñamos las caletas y rincones, sorprendiendo patos y gansos silvestres que enriquecieron nuestras ya escasas provisiones.

Muy inesperado fué nuestro encuentro con otra chalupa. Seis hombres de las colonias Futaleofú y Palena llevaban algunos fardos de lana al puerto de Chaitén. Este transporte demanda un enorme esfuerzo a los colonos. Sus propiedades se encuentran ubicadas en el límite con la República Argentina. A lomo de caballo conducen sus productos a través de la pantanosa selva virgen, por senderos estrechos y quebrados. Cruzan el Lago Yelcho en sus débiles chalupas, construídas provisoriamente, y se dejan arrastrar por los torrentes del río hasta su desembocadura y desde allí continúan por mar hasta los puertos de Chiloé. Cambian su lana por yerba, azúcar y harina y nuevamente, para el regreso, se exponen a las fatigas de una penosa travesía de la cordillera lluviosa, para llegar a sus hogares, empleando en todo el viaje alrededor de dos meses. Esas colonias, que no tienen comunicación con su patria, anhelan la construcción de un camino a la costa del Pacífico, camino cuya importancia local e internacional se ha predicado desde hace años, sin encontrar la acogida debida en nuestros hombres de

Gobierno. Las penosas y peligrosas jornadas a través de selvas sin caminos, a las que se someten los pobladores chilenos de allende la Cordillera, son testimonio suficiente de las dificultades con que tropiezan para un intercambio comercial con nuestra vecina república o para el tránsito a través de ese territorio, pues prefieren el sacrificado viaje por la cordillera y el mar tempestuoso para colocar ventajosamente sus productos en su patria.

Interrumpimos brevemente la navegación en una tranquila bahía, donde tres jóvenes alemanes han obtenido permiso para colonizar. Tres días de viaje los separan de los próximos vecinos y en medio de esta soledad salvaje, pero hermosa, han elegido el sitio para sus futuros hogares. Desafortunadamente no los encontramos, pues habían ido a la Argentina para traer los primeros animales para el fundó en formación. ¡Qué contraste entre el trabajo colectivo realizado en pocos meses por estos hombres tenaces, y aquél de nuestros indolentes chilotes! Algunas hectáreas de roce a hacha y fuego, unas pequeñas siembras de papas y avena, una simpática casita de tablas, con muebles hechos de madera rústica y un bien mantenido camino que une la casita con el puerto del lago, dan la seguridad de que en pocos años surgirá aquí una nueva y floreciente colonia que nace sin ayuda, espontáneamente. Con hombres de esta naturaleza veremos a la selva ceder su sitio a campos fértiles y productivos y realizado el anhelo de incorporar en pocos años a nuestras actividades nacionales otra importante provincia que hasta ahora sólo ha demandado gastos.

Hora tras hora navegábamos hacia el Este; el Lago nos revelaba toda su hermosura. Casi verticalmente se desploman algunos cerros hasta el agua. Rodados y avalanchas han abierto anchas brechas en los montes. Los primeros cedros aparecen en la orilla e indican que nos encontramos en la zona donde ya disminuyen las precipitaciones fluviales. Rodeamos un cabo y delante nuestro se abrió la última bahía grande del lago. El Sol poniente alumbró uno de los rincones más maravillosos y pintorescos de nuestra tierra. Una isla boscosa, en medio del lago, oculta la desembocadura del río Futaleofú, nombre que lleva el río hacia arriba del Lago. Al Sur, un alto cordón nevado, coronado de varias cimas, de las que caen azules glaciares. Nos decidimos a escalar la punta más alta de ese grupo, pues con seguridad nos permitiría dominar con la vista toda esa zona inexplorada entre los ríos Yelcho y Palena.

Ya caía la noche cuando desembarcamos en la isla. Es notoria la incomparable transparencia del aire en la zona patagónica y es increíble cómo engañan las distancias. Siete horas de boga demandó el cruce del lago, que habíamos supuesto realizar en una cuarta parte de ese tiempo. Aquellas fajas de niebla—nos preguntábamos—¿no serán malos síntomas, anunciadores del término del buen tiempo que venía favoreciéndonos ese día? Felizmente nuestros temores eran infundados. ¡Cuán hermoso fué el siguiente amanecer! Las avejillas nos despertaron con su júbilo anunciando un lindo día. El sol, cuyo disco de oro, se elevaba sobre la selva. Nuestra Patagonia, alumbrada por el sol, es fantástica. Apresuradamente desarmamos nuestro campamento para seguir viaje por el río Futaleofú. Después de dos horas nos encontramos al pie del cerro que habíamos elegido para su ascensión. Leviñanco nos había de acompañar porque era el más diestro en el manejo del machete. Cargado cada uno con su manta y la mochila con víveres para tres días, trepamos, gateando y asiéndonos de las ramas, por la pendiente que resultó ser más escarpada de lo que supusimos desde abajo. La selva nos ocultaba el trayecto más favorable para subir y repetidas veces hubimos de desandar lo escalonado, pero seguimos buscando, pues en alguna parte esperábamos encontrar el límite del bosque. El sol de la tarde se ocultaba ya entre las cumbres cuando penetramos a la zona donde disminuye la densidad de la selva. Pequeñas praderas interrumpen el monte y súbitamente estamos delante de un prado tapizado de flores, desconocidas para nosotros, que se extiende hasta la orilla de las nieves perpetuas. Allí encontramos leña seca, una vertiente cristalina y un lugar encantador para pernoctar. Mientras que Leviñanco prepara la cena, tentamos subir hasta la primera cima, para gozar de la maravillosa puesta de sol. Habíamos ocupado todo un día para ascender por la selva espesa a una altura de mil quinientos metros, altura que se alcanza en la Cordillera central en pocas horas. A la mañana siguiente se inició el día más hermoso de nuestro viaje. Ninguna nube impedía extender la vista y gozar del panorama desde la cumbre más alta. Una profunda satisfacción nos invadía por ser los primeros hombres que poníamos el pie sobre uno de los cerros más elevados de la Patagonia. Estábamos a casi dos mil metros de altura. Las pendientes cortadas a pique colocan al espectador en una situación tan incomparablemente favorable para dominar el paisaje, que sólo podría

gozar del mismo espectáculo, en otras regiones, el que pudiese contemplarlo desde un avión que se mantuviese quieto en el espacio. A nuestros pies el gran Lago Yelcho, que corta los Andes cual profundo Fjord. La cordillera patagónica produce la impresión de haber sido emparejada por un gigantesco cepillo. Es la obra de la época glacial, cuando todo yacía bajo un inmenso manto de hielo que desmontó en lento trabajo todas las cumbres. Sólo algunas ruinas sobresalen de la meseta. Entre ellos el cerro en que nos encontrábamos, que supera en doscientos metros el término medio de mil ochocientos metros. Una excepción forman los volcanes, que han levantado sus conos en la época cuaternaria. Elevan sus cumbres de masas eruptivas a más de mil metros sobre los demás cerros patagónicos y es una teoría, generalmente aceptada, que aun en plena época glacial hayan estado en actividad. El doctor Reichert, de Buenos Aires, ha descubierto el año pasado un volcán activo al Oeste del Lago San Martín, en medio de los hielos continentales. Los volcanes Erebus y Terror, en el Antártico, son otros ejemplos de cerros de fuego, rodeados por hielos eternos.

Nuestro cerro luce en sus costados imponentes ventisqueros del tipo colgante. Causa admiración cómo pueden sujetarse esas masas de hielo en faldeos tan escarpados. Continuamente se desprenden grandes trozos de hielo que se precipitan con estruendo a la quebrada. Un pequeño lago recibe las descargas y sobre él flotan los bloques cargados de los peñascos que han arrastrado en su caída. Pero en todas partes hay indicios del retroceso paulatino de los restos de la época glacial. Hacia el Este, dominábamos el valle de Futuleofú y se distinguían las colonias de Palena y Futaleufú. A gran distancia, por entre incisiones de la cordillera fronteriza, se observa la Pampa Argentina como un inmenso mar. A nuestros pies un pequeño lago que no figura en los mapas, rodeado de cerros cubiertos de selvas impenetrables.

El motivo principal de nuestra ascensión fué dominar la zona inexplorada entre el lago Yelcho y el río Palena, deseo que se vió ampliamente satisfecho. Otra de las manchas blancas desaparece de nuestros mapas. Hacemos un croquis a base de un ligero levantamiento trigonométrico. Nuevos cerros, quebradas, ventisqueros. Y se confirma mi suposición de que existe una notable depresión entre los valles del Yelcho Chico y el río Frío, afluente del Palena, que puede servir de futura vía de comunicación longitudinal.

Contentos con el éxito de nuestra expedición, emprendimos el descenso, que no fué, por cierto, menos difícil que la subida. El musgo resbaladizo nos llevaba hacia abajo con mayor rapidez que la que hubiéramos deseado.

¡Con qué apetito nos servimos después, en el campamento, la cazuela de patos y el pan fresco que nos tenían preparados nuestros chilotes! Un baño en las cristalinas aguas del lago nos restableció de todas las fatigas. El Sol siguió prodigándonos su luz y su calor. Sin incidentes dignas de mención hicimos el viaje de regreso. En seis horas el torrente del río Yelcho nos llevó hasta su desembocadura. ¡Seis días habíamos demorado en remontarlo! Nuestro hábil guía conducía el bote con suma destreza por entre rocas y troncos. Nos precipitábamos río abajo y con espanto observábamos los peligros que íbamos sorteando y que por instantes parecía que no podríamos eludir. Hubo momentos en que teníamos la sensación de la catástrofe inevitable; pero con una rápida maniobra pasábamos rozando el obstáculo.

Durante el trayecto desde el Continente hasta Castro nos acompañó un hermoso tiempo de verano. Aguas esmeraldas, selvas oscuras, hielos azules, cerros escarpados, naturaleza virgen, todo formaba un conjunto armonioso que ha quedado profundamente grabado en nuestras almas.

Es de desear que aquel rincón, aun desconocido, de nuestro hermoso suelo patrio abra pronto sus puertas al turista, ávido siempre de nuevas impresiones. Faltan caminos y más caminos en la Provincia de Aysen. El día en que estén hechos, nos serán devueltos con creces los esfuerzos que esta obra demande, pues a la posibilidad de explotar las grandes riquezas naturales de esa vasta zona se agregará el acceso a uno de los lugares más hermosos de la tierra.

*

En Castro nos aprovisionamos nuevamente. Ibamos a iniciar la segunda etapa, el viaje más largo, al Lago San Rafael y al Itsmo de Ofqui. Dada la reducida dimensión de nuestra chalupa y la duración del viaje, que debíamos presumir en varias semanas, estuvimos torzados a llevar lo más indispensable. Harina, papas, manteca, sal, café, azúcar y nuestra des-

pensa quedó provista. Lo demás nos debía proporcionar la Naturaleza: aves, peces y mariscos.

Después de pocos días de descanso nos vino a buscar el escampavía *Sobenes* de la marina nacional. Es un remolcador de alta mar, de unas mil toneladas de registro, que en caso de guerra serviría de busca-minas o guarda costas. En tiempos de paz sus tareas son aprovisionar los faros, proveer de combustibles a los faros automáticos y recorrer las boyas en los canales.

Para este viaje, fuimos cuatro los expedicionarios: mi antiguo compañero, los dos chilotes y el que habla. Con una velocidad de 14 millas por hora avanzamos hacia el Sur. Los faros de Chiloé fueron provistos. Faltaba el último en la punta Norte de las Islas Guaitecas. El verano nos trataba admirablemente bien. El viaje a través del archipiélago de los Chonos fué un verdadero acontecimiento. La cordillera despejada, lo que sucede raras veces, lucía sus imponentes volcanes que se elevan directamente del mar. Pasábamos las noches en tranquilas caletas. De día avanzábamos por los pintorescos canales. Más allá del estuario de Aysen íbamos conociendo un nueva región.

El camino que estábamos recorriendo era el que habríamos de utilizar a la vuelta en nuestra pequeña embarcación, por lo que cuidadosamente fuí anotando en el mapa cada playa y cada arroyo de agua dulce que nos pudiese ofrecer después un lugar donde acampar. Esta previsión fué muy atinada porque nos sirvió de gran ayuda en el viaje de regreso.

En el tercer día de navegación divisamos a una distancia de 75 kilómetros desde Punta Pescadores, un muro blanco que sobrepasaba la selva y que parecía cerrar por completo el canal. Ese muro era el gran ventisquero de San Rafael, del que descendían brisas heladas. En la noche llegamos al final del viaje en el escampavía.

A través de un valle, al Este, nos saludó una mole de hielo iluminada por el rojo del sol poniente: el cerro San Valentín, el más alto de la Patagonia, con más de cuatro mil metros de elevación. Figura en los mapas con los nombres de cerro San Valentín o San Clemente. Ese cerro plantea un interesante problema geográfico: ¿existen dos cerros, como lo indican los mapas antiguos o se trata de uno sólo con dos nombres distintos? Trataré este problema más adelante.

El Lago San Rafael y el Istmo de Ofqui fueron descubiertos el año 1675, por el navegante español Antonio de Vea, que

fué enviado por el Virrey del Perú para comprobar si los corsarios y piratas ingleses habían tomado posesión de los canales australes. En su informe, de Vea manifiesta gran admiración por la belleza del Lago San Ratael. Más tarde el inglés John Byron, comandante del barco *Waager*, que naufragó en el golfo de Penas, cruzó el año 1743, con sus botes, el Istmo de Ofqui, y en su ameno libro en el que narra el episodio, no se cansa de escribir sobre la sorpresa que le causó el ventisquero. El año 1765 exploró esa misma región el P. Jesuíta García, en busca de los nativos a quienes se proponía catequizar. Fitz Roy visitó el año 1834 el Lago. Todos esos navegantes y exploradores están de acuerdo en que pocas regiones de nuestra tierra pueden superar en hermosura y majestad al ventisquero y sus alrededores.

Con el reflector se orientó nuestro Capitán a través del correntoso paso de Quesahuen y del Golfo de Elefantes. A las 10 de la noche anclamos frente a la Punta Leopardo. Los nombres nos recordaron que antes existían allí esos mamíferos marinos. Ocho años atrás fué cazado el último ejemplar y llevado a Puerto Montt.

Nuestros chilotes lanzaron la chalupa al agua y regresaron después de media noche con ciento cincuenta robalos grandes, producto de un solo lance. Llevamos 20 para nosotros y dejamos los restantes para la tripulación del *Sobenes*.

¡Es asombrosa la rapidez con que cambia el tiempo en aquellas latitudes! Cuando nos levantamos, a las 5 de la mañana, oímos el batir de las olas contra el barco. Un fuerte viento Norte y nubes oscuras terminaron con los días de verano. Aun no había aclarado y ya nuestra chalupa había zafado del *Sobenes*. El bramar de la sirena interrumpió tres veces la horrorosa y fúnebre soledad. Así se despidió el escampavía. Quedamos solos en un desierto de selvas y aguas. No menos de 350 kilómetros nos separaban del puerto más próximo, el de Aysen. El viento Norte hinchó nuestras velas y ya amanecido nos encontramos a la entrada del río Témpanos. Un cuadro desconsolador y tétrico alumbró la opaca luz del día naciente. Kilómetros cuadrados de selva virgen, de selva muerta, se levantan en el agua. Los fenecidos bosques semejan una multitud de mástiles en un puerto. Entre ellos flotan los primeros témpanos, que hielan el aire y cargan el ambiente con su melancolía. Numerosos cisnes, garzas, patos y gansos silvestres sacuden su sueño y observan extrañados esa rara embarcación que tan

a deshora se interna en el río. El viento favorable y el reflujó de la marea nos ayudan arrastrándonos en hora y media río arriba. He dicho río siguiendo la denominación usual, pero, en rigor, le correspondería el nombre de canal, porque tiene de doscientos a trescientos metros de ancho con corrientes en ambas direcciones, producidas por las mareas que avanzan con una velocidad de cuatro a cinco millas por hora. Contra semejantes corrientes apenas avanza una lancha a motor. Sólo con marea estacionaria es fácil recorrer los doce kilómetros hasta el Lago. Los témpanos nos acompañan en interminable desfile, que a medida que nos acercamos al Lago van aumentando en tamaño. Una punta boscosa retrocede lentamente, y cual telón de teatro descubre a nuestros ojos un cuadro realmente fantástico. La extensión de agua, de quince kilómetros de largo y ocho de ancho, se ve sembrada de icebergs de todos los tamaños imaginables. Un marco de selva virgen rodea las costas bajas; sólo al Este se eleva el muro de la Cordillera nevada hasta una altura de 1.800 metros. Por una formidable abertura fluye el gran ventisquero, que se desparrama, como un abanico, hasta siete kilómetros adentro del Lago. A pesar del tiempo borrascoso, el espectáculo impresiona fuertemente.

El temporal que comenzaba a levantarse no nos hizo desistir del viaje hasta el Istmo de Ofqui, que cierra el Lago hacia el Sur. Era toda una osadía lanzarnos entre los icebergs, que con el viento y las olas se quebraban y despedazaban. Navegábamos entre las crepitaciones y los estampidos del hielo. Aterrorizados, tratábamos de esquivar los choques con los bloques que se lanzaban contra nosotros. Las olas, cada vez más altas, nos empujaban hacia el Sur.

Al cabo de dos horas logramos cruzar el Lago y felices pisamos la costa, pues habíamos escapado a un continuo peligro. Rápidamente armamos las carpas; no debíamos perder tiempo, ya que apenas tuvimos los víveres bajo techo se descargó una lluvia torrencial.

En el Istmo contemplamos el mismo fenómeno que habíamos visto en el Golfo de Elefantes: terrenos que se hunden, bosques muertos arraigados en dos o tres metros de agua, y a pesar de la lluvia penetramos a la selva para cruzar el Istmo, cuya anchura en esa parte es de 1,800 metros. El terreno es plano y separa el Lago del río San Tadeo, que corre hacia el Golfo de Penas. Ese es el lugar donde se proyecta desde hace decenas de años la apertura de un canal que tendría por ob-

jeto acortar la navegación que actualmente se hace dando una enorme vuelta por Tres Montes y el tempestuoso Golfo de Penas.

La apertura del Istmo acortaría en 130 kilómetros la navegación desde puerto Lagunas al Faro de San Pedro, y permitiría establecer comunicación con Magallanes con embarcaciones de cabotaje y hasta con pequeñas lanchas chilotas. La posibilidad del cabotaje traería como consecuencia el abaratamiento de los fletes. Por el momento sólo se pretendería abrir un canal para pequeñas embarcaciones y sólo cuando la importancia económica de nuestras provincias australes lo demandase, se procedería al ensanche de ese canal para abrir el paso a buques de mayor calado. La navegación por esa nueva ruta haría desfilarse a la vista del viajero los más bellos paisajes de los cuales hace derroche la naturaleza en los canales australes, tan poco conocidos.

Sería un trabajo relativamente fácil. Desde el Golfo de Elefantes habría que dragar el río de los Témpanos, que se está embancando rápidamente. Hasta hace pocos años subían pequeños barcos hasta el Lago, cosa que en la actualidad es imposible.

La opinión de los que creen que los icebergs puedan hacer la labor de una draga, es decididamente optimista, pues he podido observar que, por el contrario, sus choques contra las riberas producen el desmoronamiento de ellas, quedando depositadas las masas de arena en el fondo del lecho del río. Así el río va ganando anualmente en anchura y perdiendo profundidad. Los grandes témpanos quedan varados con frecuencia, deritiéndose lentamente y contribuyendo, con los sedimentos que acarrearán, a que el río se embanque aún más.

El corte a través del mismo Istmo de Ofqui, sería de 1,800 metros de largo. El terreno se eleva sólo hasta 15 metros sobre el nivel del Lago. Está constituido por arena y piedras de río, es decir, por sedimentos fluvio-glaciales, por lo que sería fácil abrir el canal. Este trecho, a mi juicio, es el que demandaría menos trabajo. Más difícil sería mantener un canal suficientemente profundo en el río San Tadeo, porque los afluentes de este río, que bajan de los hielos continentales de la cordillera, suelen traer inmensas avenidas que arrastran miles de toneladas de limo glacial y troncos. Son verdaderas catástrofes de la naturaleza que pondrían a prueba la obra del hombre y es pre-

visible suponer que esas avalanchas destruirían el canal que allí se construyese.

Podría evitarse esa constante amenaza desviando el río Lucac, que es el más caudaloso y peligroso de los tributarios. Dista sólo 800 metros del Lago San Rafael y el terreno tiene suficiente desnivel como para dirigir el río al Lago, donde no podría causar perjuicios.

Por último queda este otro obstáculo en la desembocadura del río San Tadeo en la bahía de San Quintín: las titánicas olas del Golfo de Penas que rompen en una barra, impidiendo el paso de las embarcaciones. Sería necesario abrir algunos cientos de metros de canal, por el paso Expedición, para salir a una pequeña bahía tranquila. Ahí el terreno es tan bajo que se ve cubierto por las altas mareas.

Mucho se ha hablado del peligro de los témpanos que flotan sobre el lago. A mi juicio este peligro es insignificante comparado con el que encierra la navegación por el Golfo de Penas, cuyos horriblos temporales han hecho tantas víctimas. Los icebergs más grandes, que alcanzan a cien y doscientos metros debajo del agua, se varan en el fondo y no llegan hasta la orilla; los barcos navegarían por la orilla Oeste del Lago, a la que sólo llegan pequeños témpanos los que únicamente son temibles cuando se encuentran en movimientos violentos, producidos ya sea por temporales, olas o por corrientes, pero esos mismos témpanos, en tiempo calmo, en el que permanecen estacionarios, no ofrecen peligro; los barcos los pueden esquivar y como la navegación tendría que hacerse a marcha muy lenta, aun el roce con estos trozos de hielo no podría ocasionar graves consecuencias. Esos icebergs no exceden en tamaño a los que arrastran en el invierno los ríos Weser o Elba, por ejemplo, y que flotan sobre los mares del Norte o Báltico, donde, como es sabido, la navegación no sufre interrupciones.

Sobre tema de la apertura del Istmo se ha escrito y hablado muchísimo, siempre en tono favorable a la iniciativa, por lo que sería de desear que esa obra tuviese comienzo de ejecución para satisfacer los enormes intereses, que la misma beneficiaría.

Habíamos instalado nuestro campamento a orillas del lago en un sitio muy pintoresco, pero tenía un inconveniente: no había agua dulce. El lago es de agua salada; en la selva sólo encontramos agua amarilla de pantanos. Nos vimos obligados a salir nuevamente en bote a tomar un témpano con el lazo,

remolcarlo al campamento, destrozarlo con el hacha y echar algunos pedazos a la olla. Nunca me había encontrado en situación tan singular de verme obligado a pillar a lazo el agua para la bebida!

Durante la noche, el glaciar tronaba con fuerza y producía leves temblores de tierra. En la mañana siguiente el tiempo fué espléndido: las neblinas se disiparon, subió el barómetro, todos motivos para esperar una serie de días buenos. Esa misma mañana iniciamos el viaje hacia el ventisquero. El temporal había arrinconado frente a nuestro campamento la mayor parte de los icebergs. El viento y las olas habían labrado en ellos las figuras más caprichosas. La luz del sol vertía sobre las masas de hielo fulgores y centelleos brillantes; el agua azul marino; selvas verdes oscuras, al fondo; todo forma un conjunto indescriptible de colores: hielos y selvas, subtropical y antártico!

No todos los témpanos son del mismo color. Los hay de los más variados tonos, desde el blanco albo hasta el azul oscuro. La coloración de los icebergs corresponde a la densidad del hielo: el azul oscuro proviene de las masas inferiores, comprimidas por el enorme peso del ventisquero, así como los blancos se forman en las capas superiores del glaciar. Los azules son los más resistentes a la acción destructora del ambiente.

Algunos icebergs tienen dimensiones colosales: hasta veinte y treinta metros de altura y más de cien metros de diámetro, debiendo hacer presente que es sólo la octava parte la que sobresale del nivel del agua, pues las otras siete se hallan sumergidas, alcanzando profundidades de ciento cincuenta y más metros.

Es muy peligroso acercarse con pequeñas embarcaciones a estos icebergs, porque de las partes más elevadas se desprenden grandes bloques que al caer se destrozán contra las partes inferiores del mismo icebergs, se destrozán con fragor, lanzando sus fragmentos a gran distancia. Luego, esa montaña de hielo, pierde el equilibrio y al volcarse levanta fuertes olas. Inesperadamente, pedazos del icebergs emergen en el agua poniendo a la embarcación que se acercase, en peligro de ser elevada. Otros se parten sin aviso y se separan violentamente, batiendo el agua en forma salvaje. El bote que se aproximara demasiado se vería cubierto con proyectiles de hielo o sería arrastrado al torbellino.

Pasamos al lado de miles de témpanos y nos acercamos al muro de hielo del glaciar. Sus bramidos y su furia van aumen-

tando; el murallón, que tiene más de setenta metros de altura, es un caos de grietas y de abismos. Para tomar una vista del bote, con hielo al fondo, armamos nuestras máquinas fotográficas sobre una islita formada por rodados. Unos bloques de hielo, más grandes que edificios, pendían amenazantes sobre el barranco. Recién tomadas las vistas, vimos satisfechos nuestros deseos de contemplar de cerca el nacimiento de un iceberg. Con terror observamos que se desprende uno de los grandes bloques; luego siguió su vecino y todo el muro pareció tambalear; se volcó y en un frente de cien metros se tumbaron centenares de toneladas de hielo. Un formidable crujido y grandes truenos espantaron el silencio de la naturaleza. Todos nosotros éramos personas relativamente habituadas a presenciar los imponentes fenómenos de la naturaleza, pero debo confesar que en esa ocasión se nos heló la sangre en las venas; el espectáculo era realmente aterrador. Durante largos minutos siguió el estrépito de los trozos que caían al Lago. A veinte metros de altura se lanzaba el agua enfurecida; cual cometas surcaban grandes pedazos de hielo por el aire; una ola gigante inició su carrera azotando los témpanos, hundiéndolos y despedazándolos. La Naturaleza tardó en recobrar la calma. Un estremecimiento, un profundo suspiro conmovió el Lago que recibió voluptuosamente el nuevo iceberg en sus brazos. La enorme ola tapó por completo la islita en la que hacía un momento que habíamos estado. Dirigimos la proa hacia la ola que suavemente nos elevó tres metros de altura. Escapamos. Nuestra chalupa escapó de ser molida entre los témpanos, que se azotaban violentamente. Seguimos remando alrededor del ventisquero, a una distancia de doscientos metros del muro de hielo, cuyo frente semi-circular mide más de 20 kilómetros. Tres horas empleamos en este viaje. Témpanos enormes aparecían silenciosamente, como ballenas, en la superficie. La punta más avanzada del ventisquero está formada por hielo blanco, mientras que hacia las orillas tiene un color azul marino. Montañas de hielo se precipitaban al lago con intervalos de minutos, fenómeno que aumenta en frecuencia a medida que baja la marea. El hielo del centro, blanco, es más blando, y se disuelve en millares de pequeños trozos, entre los que pasábamos sin dificultad. Al anochecer arribamos al costado norte del vestisquero, donde instalamos campamento a una distancia de doscientos metros del hielo. Allí, sobre arena seca, a orillas de una cascada cristalina, colocamos la carpa, afianzándola con gran-

des piedras, pues las rachas de viento helado que descienden del ventisquero son de una fuerza inusitada.

Durante la navegación por el lago había observado atentamente la ruta de acceso que pudiera ofrecer el borde del ventisquero para poder avanzar hasta su nacimiento. Para esta empresa nos era necesario el auxilio de una serie de días de buen tiempo, pues no ignorábamos que era atrevimiento internarse en una región polar sin más recursos que una manta y los escasos víveres que podíamos llevar cada uno en la mochila. Otras expediciones similares han transportado su campamento completo llevado por numerosos cargadores, lo que les ha permitido realizar el avance en etapas cortas con gran seguridad.

Al aclarar observé que el barómetro había subido notablemente y que a pesar del cielo encapotado había indicios inequívocos de que el tiempo se afirmaba, por lo que decidimos partir. Nos trasladamos en el bote a la orilla norte del ventisquero. Con gran sorpresa nos dimos cuenta de que teníamos que luchar contra una poderosa corriente que nace debajo del glaciar. En ese lugar se reúne toda el agua del deshielo y forma el río de unos 50 metros de ancho, que emerge inesperadamente en el borde del hielo, sin túnel o sin portón, como es frecuente observar en la mayoría de los glaciares.

Por la morrena lateral, compuesta de piedras rodadas, peñascos y troncos, los que han sido comprimidos por el hielo, a tal extremo que se han transformado en fibras acartonadas, comenzamos el ascenso. Pronto unas puntillas de cerro nos obligaron a trepar por el hielo. Labramos con la picota alpina peldaño tras peldaño. El avance sólo es practicable en el mismo borde; penetrar al ventisquero es prácticamente imposible. Precipicios, grietas, torres de hielo, se desmoronan con pavoroso estruendo y anuncian al que osa violar ese misterio que lo espera un fin trágico. Horas tras horas avanzábamos venciendo numerosos obstáculos. Ligeros aguaceros no nos arreararon, pues continúa favorable el viento sur. Nos tocó alojar la primera noche a orillas de los hielos. Hacía un frío horrible. Una profunda quebrada nos impidió avanzar al día siguiente. Un muro de hielo de trescientos metros de altura se interpone y cierra la quebrada. En el hielo se observan grandes orificios, en los que el ventisquero acarrea los peñascos que al llegar a la quebrada se zafan y se precipitan al fondo con formidable ruido, dejando marcado en el hielo el lugar donde estaban incrusta-

dos. Así se forman las morrenas laterales. El avance sobre el hielo se nos hacía imposible. Hubo que resolverse a abandonar esta ruta y subir a la cordillera, por cuya cumbre, seguramente, habríamos de llegar al nacimiento del ventisquero. Penetramos a la selva virgen que se extiende hasta las orillas de los hielos. ¡Pero qué selva más horrorosa! ¡Es un desorden caótico! Los huracanes, las trombas de viento, que deben formarse sobre el glaciar, han dejado sus visibles huellas. ¡Árboles arrancados con peñascos adheridos a sus raíces, árboles tronchados por la mitad, árboles cortados como con hechona, forman un terrible hacinamiento! Las lluvias interminables producen una exuberante vegetación de helechos y musgos que ocultan el peligro en forma traicionera. Con desesperación veíamos esta valla inesperada, pero, ahora o nunca, nos decíamos, había que intentar la ascensión a los hielos. El tiempo mejoraba rápidamente. Durante todo el día trepamos de gancho en gancho y de tronco en tronco. La mochila nos significaba un estorbo. Nos perdíamos súbitamente en profundos hoyos. ¡Qué de fatigas y de esfuerzos! Pero tuvimos nuestra recompensa: la vista por entre la selva, hacia la sábana de hielo que iba quedando debajo! Papagayos gritaban espantados; picaflores buscaban golosinas en las flores de fucsias. Ese contraste entre paisaje antártico y subtropical impresiona siempre de nuevo.

En la tarde alcanzamos la orilla de los bosques y entonces nuestra admiración y nuestro asombro no encontraron límites: abajo, en el valle, el campo de hielo del ventisquero de San Rafael, cuyo frente se extiende hasta muy adentro del lago.

Se acercaba la noche. Hubimos de buscarle sitio a nuestro campamento. A orillas de las nieves eternas, entre unos arbolitos raquíuticos, pasamos la noche acostados alrededor de una fogata. El turno de la guardia, para mantener el fuego, era de dos horas. Iba a presenciar la noche más bella de mis numerosas expediciones. El cielo se había despejado completamente; no soplaba la más leve brisa. La luna llena producía millares de reflejos y centelleos en el glaciar del que se desprendía una luz mágica, fantástica. El único rumor que interrumpía la soledad, era el bramido lejano del ventisquero, en su incesante producción de témpanos. Esos fueron momentos que recompensaron todos los sacrificios y todas las privaciones. Pero no hay felicidad completa: el frío era pavoroso. El arroyuelo vecino calló su murmullo: se había congelado.

Antes de que saliera el Sol, continuamos la marcha. De-

jamos el campamento armado y, sin carga, avanzamos rápidamente hacia la cumbre. Debíamos cruzar esa molesta faja de bosques enanos, así formada por el peso de la nieve y el efecto de la altura. Encontramos la vegetación característica de la cordillera patagónica, a mil cien metros sobre el nivel del mar. El Sol naciente alumbraba el ventisquero y los icebergs que flotaban en el lago, que se destacaban apenas como leves puntos blancos.

El español De Vea, que descubrió este importante ventisquero hace doscientos sesenta años, asegura que su frente no llegaba sino hasta la costa oriental del lago. Hoy penetra siete kilómetros en él, extendiéndose en forma de un colosal abanico. Es un avance geológicamente muy rápido y que causa sorpresa si tenemos en cuenta que los restos de la época glacial de la patagonia chilena se encuentran en decidida actitud de retroceso. Pero parece que también este ventisquero se está deshaciendo desde pocos años a esta parte. Las orillas que descubrió al pie de los cerros, que encierran el cajón por el cual descende, indican que va perdiendo espesor y, por consiguiente, debe haberse producido un retroceso de su frente. Desgraciadamente carecemos de las investigaciones glaciológicas continuadas en nuestra Patagonia.

Hacia el Sur yace a nuestros pies el valle, relleno de borde a borde de hielo, despedazado, agrietado, salvaje, cada picacho excede los cincuenta metros de altura. A semejanza un bosque titánico, congelado. ¡Hielos azules; abismos negros, rodeados de selvas verdes, allí nadie podría pasar!

No son hielos penitentes, tan corrientes en la cordillera central. Es hielo destruido por las aguas lluvias, que deben obrar poderosamente. Este fenómeno curioso se encuentra sólo a trescientos metros sobre el nivel del mar.

Continuamos la ascensión ahora más fácil, fuera de la selva, por sobre rocas y nieve. Un último escalón y estamos sobre la cumbre de nuestro cordón de cerros. La vista hacia el Este está libre. ¡Aquello es fantástico! ¡Los hielos continentales, el Inlandeis está delante de nosotros, aquel misterio que permanece encerrado en la cordillera patagónica desde la época glacial! ¡Habéis sentido la profunda emoción que invade cuando el destino permite admirar la grandiosidad, lo majestuoso de la obra del gran Creador! Llenos de recogimiento, de devoción, contemplábamos silenciosamente aquel cuadro de la naturaleza que se extendía ante nuestra asombrada vista. Este es el

templo verdadero, de la religión más sublime. Mis palabras son muy pobres; mis fotografías apenas pueden dar una idea de la impresión que me produjo aquel espectáculo.

Un cielo azul oscuro, límpido, como acontece en esas latitudes una vez al año, cubría cual bóveda un inmenso campo de hielo aprisionado por negras cadenas de cerros. Espesamente tenaces fluyen por cada abra corrientes de hielo, ventisqueros fabulosos que en sus nacientes muestran enormes grietas. La meseta de hielo es ligeramente ondulada. 35 kilómetros más al Este la interrumpe un cordón de cerros, cuyas alturas exceden los 3,500 metros. Algunos alcanzan a 4,000. No son montañas de rocas; son torres, muros, almenas de inmensas dimensiones, de formas caprichosas, de hielo azul. Cual castillos inverosímilmente gigantescos se elevan aisladamente en el Inlandeis. Entre ellos se puede ver la dilatada sábana de hielo, que se pierde en el horizonte hacia el Este, sábana cuyo espesor debe ser de más de mil metros, cubre profundos valles y cerros. Dudo que alguien haya tenido hasta ahora la suerte de contemplar ese imponente panorama en un día tan magnífico.

¿Cuántos millones de años hará que permanece ese hielo eterno encerrado en la cordillera? ¿Cuántos millones pasarán hasta que desaparezca? Hay que recordar que este fenómeno se encuentra en una latitud que equivale, en el hemisferio Norte, a la de Génova. Los campos de hielo de la Patagonia son los más grandes de las zonas templadas. Desde su límite septentrional, que nos fué posible precisar ahora, hasta el estero de Ultima Esperanza, mide 650 kilómetros de largo. Su ancho es, término medio, de 80 kilómetros. Sólo el Fjord de Baker interrumpe su continuidad. Cubren una superficie de casi 60,000 kilómetros cuadrados, tanto como Bélgica y Holanda en conjunto. Grandes ventisqueros encuentran allí su campo de alimentación, los que descienden al Este hasta los lagos San Martín, Viedma y Argentino y hacia el Oeste alcanzan el nivel del mar. El más septentrional, el ventisquero Guata, en los 46° 30' Sud se encuentra 1,200 kilómetros más cerca de la línea ecuatorial que el más austral de Alaska y 2,500 kilómetros más cerca que el de Jokelfjord, los que alcanzan el nivel del mar.

Dice el doctor Reichert, en su obra *Patagonia*: «Tal vez la denominación Inlandeis o «hielo continental» no corresponde a este fenómeno glacial en todo el sentido de la palabra, pues bajo el nombre de Inlandeis entendemos una masa de hielo uniforme, caracterizada por un movimiento regular con-

tinuo, como fué, por ejemplo, el caso en la Patagonia austral durante las épocas glaciales. El campo de alimentación del verdadero Inlandeis se encuentra generalmente en una sola región central, como en las zonas polares. En la Patagonia occidental, empero, los campos de hielos están representados por formidables corrientes, las que poseen velocidades completamente diversas. . . . El desarrollo extraordinariamente grande de estos campos de hielo, justifica en cierta manera la denominación Inlandeis. Tenemos aquí un tipo de glaciares que se acerca más al tipo noruego o alasko que al groenlandés, pero como tampoco estos tipos glaciares corresponden por completo al de la Patagonia, los geólogos creen justificado crear para esta forma la denominación «inlandeis de tipo Patagónico».

«Todo el centro de los Andes está cubierto por glaciares de dimensiones gigantescas y estos ventisqueros, que cual cascadas congeladas se precipitan a ambos lados de las pendientes y con el caos de entrañas que alimentan el corazón de la cordillera, dan al paisaje su carácter grandioso, desolado, cruelmente salvaje».

Pero éstos son sólo los modestos vestigios de lo que fué la época glacial, que ha cubierto toda la patagonia austral desde el Atlántico al Pacífico. ¿Cómo se han podido conservar esos restos en la zona templada? La helada corriente marina de Humbolt arrastra las enormes evaporaciones del Océano Pacífico y las nubes se descargan casi diariamente, en forma de nieve y granizo sobre la cordillera, alimentando incesantemente el Inlandeis, pero, a pesar de las grandes precipitaciones, se ha podido observar un notable retroceso de los hielos, que debe tener su origen en un lento camino de clima.

Muy pocos exploradores han logrado hasta ahora penetrar en ese mundo misterioso. En primer lugar está el sabio doctor Reichert, de Buenos Aires, que hizo su primer avance en 1916 desde el Lago Argentino. En 1921 escaló por la misma ruta que nosotros tomamos por el ventisquero San Rafael, viéndose obligado a interrumpir su expedición por el mal tiempo. Hace dos años subió desde el Lago San Martín y descubrió en medio del Inlandeis un volcán activo. El famoso alpinista, padre de Agostini, logró cruzar, por primera vez, en el verano de 1932, la meseta de los hielos continentales, a la altura del Lago Argentino. Entre todos estos puntos yacen aun miles de kilómetros cuadrados de regiones inexploradas, de enorme interés para la geografía, glaciología y meteorología.

Escalamos la cima más alta de este grupo de cerros, y nuevos panoramas nos sorprenden. Hacia el Sur se ve, como en un mapa, el Istmo de Ofqui. Una angosta faja de selvas rodea el Lago San Rafael; detrás de ella cientos de kilómetros cuadrados de terrenos que se hunden; bosques muertos en el agua; pantanos, lagunas, lechos de ríos abandonados, separan el lago del Golfo de Penas. El aire es tan claro que no sólo podemos ver la isla de San Javier en el Golfo, sino que alcanzamos a divisar las islas Guayanecas, que forman la orilla Sur del Golfo de Penas. Imponente se destaca el Ventisquero San Quintín, uno de los más grandes de Chile, que descansa sobre el Istmo. Su frente de 13 kilómetros de ancho, sale unos 25 kilómetros de la cordillera. Una faja de bosques lo rodea a una distancia de medio kilómetro, bosque que debe haberse formado sobre una morrena frontal. Es un claro indicio de que hasta hace poco los ventisqueros avanzaban, mientras que ahora se están retirando.

Otro panorama hacia el Oeste, por encima de la cordillera. Abajo, el Golfo de Elefantes y la Punta de Leopardo, donde desembarcamos del escampavía. Sobre Taitao avanzan nubes amenazantes; ya terminó el tiempo espléndido.

Nos apresuramos a bajar antes de que nos sorprendiese el temporal. Cuando llegamos de regreso al campamento, una fúnebre puesta de Sol anunció la tempestad, que pocas horas después se desató con su temida violencia. Nos vimos obligados a permanecer todo el día siguiente en la carpa, la que defendimos con pesadas piedras contra la furia del viento y de la lluvia. Fué un día de obligado descanso, que teníamos bien merecido.

Con todo, no había quedado completamente satisfecho con el éxito de nuestra expedición al Inlandeis. El propósito principal, que era el de constatar el límite norte de los hielos y la posibilidad de rodearlos por el Norte, para llegar hasta el Lago Buenos Aires, no se había cumplido. Una alta cordillera, nos había ocultado obstinadamente esa zona, que está indicada en las cartas como «Inexplorada» o como «hielos y ventisqueros». Decidí resolver este problema, penetrando a la cordillera, más al Norte. Existían datos antiguos sobre la existencia de un caudaloso delta del río Exploradores, el que no había sido explorado hasta entonces.

Apenas mejoró un poco el tiempo, seguimos viaje en nuestra chalupa. Entre los témpanos avanzamos hacia el desagüe

del lago. Las dimensiones que algunos tienen pueden ser observadas en la fotografía que muestra el iceberg que fué escalado por mi compañero. En la tarde nos encontramos en la Punta de Leopardo, el lugar de nuestra partida. Aprovechamos la tarde tranquila para avanzar hasta una caleta en la costa del continente, la caleta Guata. Al día siguiente penetramos al valle, que pocos kilómetros más adentro encontramos bloqueado por un ventisquero que desciende en dos gigantescas cascadas congeladas desde los hielos continentales. Este glaciar es el más septentrional de los que alcanzan el nivel del mar. Otra de las joyas de la naturaleza. Al atardecer se desencadenó súbitamente otro temporal. Nuestro campamento, ubicado a orillas del mar, corría serio peligro de ser alcanzado por las olas. Pasamos casi toda la noche en pie defendiendo el bote amenazado de ser estrellado por el oleaje contra los troncos. En medio de la tormenta y en una noche negra tuvimos que luchar para subir el bote a un sitio donde no lo alcanzara el embate de las olas. La pérdida de nuestra embarcación, único medio de locomoción, podía habernos acarreado consecuencias fatales.

Proseguimos al amanecer el viaje hacia el Norte. Recorrimos cada caleta, cada abra, para estudiar la posibilidad de entrar a la cordillera. Dos días viajamos así, hasta que por fin encontramos al Este un Fjord, cerrado, en su entrada, por una larga península de sedimentos, que sólo deja un angosto paso. Es el Fjord de Exploradores, un magnífico puerto, con capacidad para toda una escuadra. Al final del Fjord se observa un abra en la cordillera, que aparentemente termina a los pocos kilómetros, cerrada por altos cerros. El favorable viento sudoeste nos indujo a buscar inmediatamente la boca del río y a avanzar por ella a vela. La alta marea nos ayudó y en poco tiempo vencimos los tres primeros kilómetros, llegando al lugar donde se reúnen todos los brazos que se separan del río, cuyo gran caudal nos causó sorpresa. Las aguas turbias, lechosas, color cemento, hacían presumir y temer que el río naciera de grandes ventisqueros y tuviera, por lo tanto, un corto recorrido, y que ese indicio significara, por último, que el Inlandeis extiende su manto trágico aun hasta más al Norte, cerrando el camino que ansiaba encontrar.

Establecimos nuestro campamento ocho kilómetros río arriba, sobre una hermosa playita de arena blanda. Pero aquella no era la arena que estamos acostumbrados a ver; es un limo finísimo, una tiza depositada en varios metros de espesor, a

ambas orillas del río. Este limo glacial, seco, producto de la actividad destructora de los ventisqueros, los que hacen desaparecer cordilleras enteras, es una curiosa materia prima para la formación de rocas sedimentarias.

Durante este viaje no nos molestaron las lluvias, como en otras oportunidades, a pesar de que las densas neblinas que cubrían los bosques, nos anunciaban que estábamos ya entrando al otoño.

Cada vuelta del río nos proporcionaba nuevas sorpresas: afluentes desconocidos, abras y cerros nuevos, ventisqueros y lagunas. Los momentos más interesantes para un explorador que avanza en una región, sin cartas ni guías, son aquéllos cuando deja atrás otra puntilla de cerro, otra curva del río. Un gran morro nos cerraba la vista hacia la continuación del valle. Después del tercer día de esta etapa del viaje, pude observar que el valle se ensanchaba detrás del morro y que el tránsito por esa suerte de portón nos permitiría aclarar la topografía de ese sector de la cordillera.

La fuerte corriente del río nos oponía los mismos obstáculos que habíamos encontrado en el río Yelcho, pero éstos eran más difíciles de vencer por la falta absoluta de conocimientos del lecho. Había que estudiar minuciosamente cada rápido, antes de atreverse a entrar en él. En algunas partes barricadas de troncos cerraban el río de orilla a orilla. Demorábamos horas en el trabajo de cortar los troncos, bajo el agua, para abrirnos paso. Sirgando y remando avanzábamos día tras día. Al fin dejamos atrás al morro negro. Nos encontramos en un notable ensanche del valle: tres valles se reúnen allí. Estábamos a 25 kilómetros de la costa. De los hielos continentales, que figuran en la carta, no hay vestigios. Establecimos el campamento para operar desde esa base. Veíamos el éxito de nuestra expedición asegurado y comenzamos a explorar los tres valles. El que descende del Norte no ofrece mayor interés; el agua cristalina de su río indica que en esa región no hay hielo continental. También el río que viene del Este, es de aguas claras. En el fondo de ese valle sólo se observan colinas boscosas, bajas. Probablemente por ahí deberá buscarse el derrotero al lago Buenos Aires. Y luego el valle del Sudeste, adonde nos aguardaban importantes descubrimientos. Mientras avanzábamos por él, se abrieron las nubes por cortos momentos, apareciendo un cerro imponente, de unos cuatro mil metros de altura, ubicado al Sur del valle. Debajo de las nubes se asomaba la línea

azul de los hielos continentales. Hacia el Suroeste, observábamos formidables ventisqueros, que tienen su origen en otro alto macizo, en el San Valentín, el cerro más elevado de toda la Patagonia. ¿Cuál sería aquel cerro enorme, que como una visión, nos mostró por breves minutos sus picachos azules? Debe ser el discutido cerro San Clemente. Más o menos 20 kilómetros en línea de Este a Oeste dista el San Valentín de este cerro nuevo. Y es explicable que hasta ahora haya sido dudosa la existencia de dos cerros. Siempre se ha observado desde el Este u Oeste, tapando el uno al otro. Sólo desde el Norte se puede comprobar que existen dos, separados por un profundo valle.

Tenemos a nuestro haber la comprobación de que es posible cruzar con relativa facilidad al lago Buenos Aires, tarea para una nueva e interesante expedición. Nosotros no la pudimos realizar, por lo avanzado de la temporada y lo exiguo de nuestros recursos. Tenemos también a nuestro haber el descubrimiento de otro gran cerro, al Este del San Valentín; el descubrimiento de la mayor parte del río Exploradores, así como haber establecido donde queda el límite septentrional de los hielos continentales que figuran en las cartas cien kilómetros más al Norte de donde en realidad aquéllos terminan.

Fué el día 3 de Abril de 1934. Con espesas nubes anunciaba el Otoño su aproximación. Ya era tiempo para que abandonáramos esa inhospitalaria región. La bajada por el correntoso río, fué muy peligrosa. Si naufragábamos allí, no habríamos encontrado jamás salida de esa selva. ¿Quién habría sospechado nuestra presencia en lugares tan apartados?

En un día alcanzamos la desembocadura del río y mientras acampamos en la entrada del Fjord, tuvimos que sopor-tar el primer temporal del Otoño, que duró varios días. En seguida emprendimos el viaje de regreso por los canales. 250 kilómetros nos separaban de la ruta de los vapores. Seis días re-mamos contra vientos y corrientes. Ya no podíamos contar con la ayuda del viento Sur para avanzar a vela. Hubo días en que remábamos durante diez horas, siempre a pocos metros de la costa. Los temporales nos obligaban a buscar refugio en alguna caléta; las lluvias torrenciales nos mojaban por completo; el mar mientras tanto nos proporcionaba abundantísimo alimento en peces y mariscos.

Sería tema para una nueva conferencia la narración de nuestras aventuras y la descripción de la interesantísima y

variada flora y fauna marina que pudimos observar durante el viaje por los canales de la patagonia occidental. Cuando llegamos al estuario de Aysen, se sucedieron una serie de hermosos días, delicado regalo para todos nosotros, días que aprovechamos para descansar y para restituir nuestras trazas y nuestras caras a la normalidad, pues tal como estábamos no era difícil presumir que no nos hubiese recogido el vapor que atajamos, al fin, en mitad del canal y que nos condujo luego a la civilización.

Espero que mi conferencia, cuyos defectos habréis pasado por alto, haya cumplido su misión, la de dar a conocer otros de los hermosos rincones de nuestra patria y de sus interesantes problemas científicos, y de demostrarles con cuántos sacrificios y privaciones están ligadas esas campañas de exploraciones sistemáticas que vengo realizando con la ayuda del Supremo Gobierno, o sin ella, desde hace varios años. No se me podría recompensar ese esfuerzo con ningún valor material, ni yo lo he buscado, porque la Naturaleza sabe compensar generosamente a quien va en busca de sus secretos o de su eterna belleza.